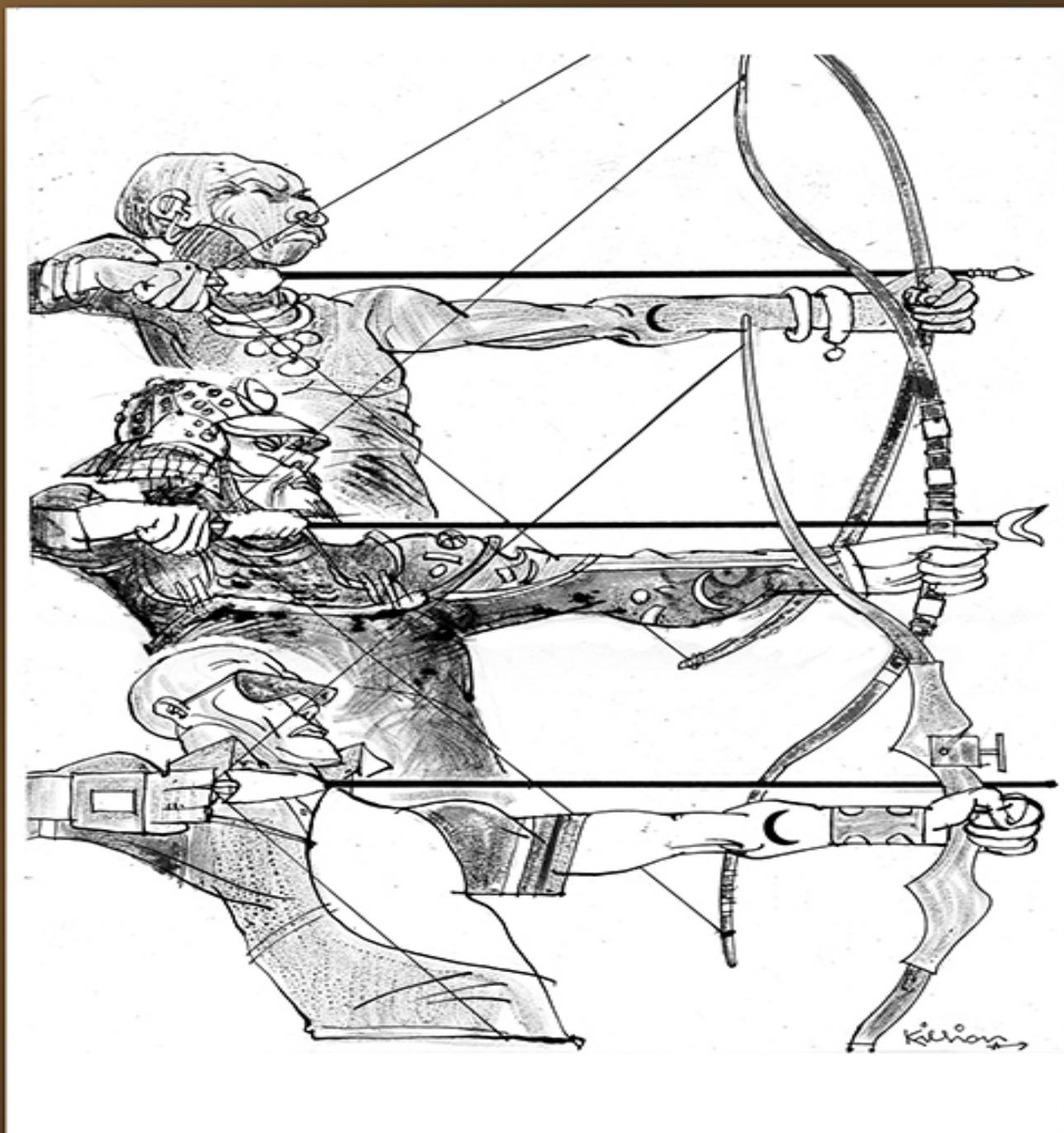


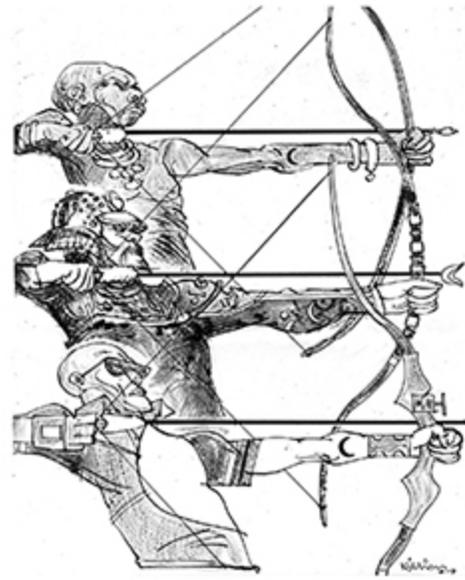
LA HERMANADAD

Leonardo Killian



Al Fondo a la Derecha

La Hermandad



Leonardo Killian

Al Fondo a la Derecha

Colección

Imaginerías

La editorial y sus autores reciben
mensajes de texto de los lectores
a través de Whatsapp en el:

11 25677388

Killian, Leonardo Luis

La hermandad / Leonardo Luis Killian. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Al Fondo a la Derecha Ediciones, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-48793-0-1

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

© 2020, Al Fondo a la Derecha Ediciones

José Cubas 3471 (C1419), Buenos Aires, Argentina.

www.alfondoaladerecha.com.ar

© 2020, Leonardo Killian

Diseño de tapa e interior:

Al Fondo a la Derecha Ediciones

Imagen de tapa:

Carlos Killian

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

A la memoria de Teodoro Boot,
entrañable y querido amigo.

A Sahia y Ulises,
que todavía no saben.

I

Escuchó el silbido al mismo tiempo que el golpe, que lo empujó hacia atrás. La flecha de aluminio con punta de caza le había atravesado el brazo a la altura del bíceps. Sintió el hueso astillado y arrancó la cortina de un tirón para poder hacer un torniquete.

La sangre salía a chorros y, en segundos, el monitor, el teclado, sus papeles, el piso y todo lo que alcanzaba a ver se teñía con la vida que se le escapaba.

Era la muerte, implacable, definitiva.

II

¿Un Gilgamesh porteño?

*En su clásico *Las Invasiones inglesas al Río de la Plata 1806-1807*, Carlos Roberts cita, al pasar, un episodio que le parece “curioso”.*

Cuenta la crónica del avance de las tropas británicas hacia el fuerte de Buenos Aires cuando los vecinos hicieron sentir una defensa encarnizada de la

ciudad. Una intensa pedrea, agua hirviendo y todo lo que sirviera para dañar al enemigo era lanzado desde las terrazas por hombres, mujeres y chicos. Hombres libres y esclavos mano a mano contra el odiado invasor.

En la calle San Pedro, no señala la esquina, un hombre armado con un arco “como los indios” aclara, lanzaba flechas con tal precisión y velocidad que en pocos minutos siete soldados yacían muertos o heridos en la calle. Nada agrega sobre el ignoto arquero, ni su nombre ni su origen ni su posterior destino, apenas una leve descripción: “Estaba encapuchado y ningún vecino lo conocía”.

Un inadvertido párrafo del diario La Nación de 1890 cuenta que, durante la Revolución del Parque, sobre lo que era la incipiente construcción del Teatro Colón, un hombre encapuchado al que no se le veía el rostro, mantenía a raya a las tropas gubernamentales a flechazos.

Estos eran tan certeros que obligaron a un pelotón de infantes a tomar por asalto el lugar, aunque sin éxito ya que el desconocido, luego de dejar cuatro víctimas fatales, se dio a la fuga y eso es todo lo que se supo del extraño suceso.

Cuenta Abelardo Ramos, en su crónica de la Semana Trágica, que los anarquistas de Villa Crespo tuvieron en su auxilio a un extraño personaje que, armado solamente con un arco y un par de docenas de flechas, despachó a una buena cantidad de policías y de la odiada Liga Patriótica. No lo vuelve a nombrar y es el único historiador que menciona el hecho. El gran periodista Rogelio García Lupo, en una nota de la revista Primera Plana de mayo de 1970 rescata estos sucesos y agrega otros de su propia investigación: Un arquero encapuchado de

idénticas características aparece sobre la confitería de El Molino en el golpe de 1930 lanzando una mortal saeta sobre el subteniente Poncela. La policía, luego de horas de búsqueda, lo da por perdido. En los desgraciados sucesos de 1955 se vio rondar por la bombardeada Plaza de Mayo a un encapuchado con un arco y un carcaj de flechas envuelto en la multitud. Una foto muy borrosa enmarca a la extraña figura y su arco.

El mismo Richard Gillespie cita el intento fallido de un atentado con flechas al entonces dictador Videla en los festejos del Mundial de 1978. Censurado por la dictadura e ignorado por la inmensa mayoría de los presentes en la cancha de Ríver, sólo los custodios que estaban cerca del general pudieron ver la flecha que se clavaba a escasos centímetros de su cabeza. Releyendo El Quijote encuentro en el capítulo XIII de la Segunda Parte al Caballero de la Triste Figura que se encuentra con un viajero y éste le narra un extraño suceso “Un grupo de arqueros encapuchados que le preguntan por el camino a Segovia”.

Sin duda una leyenda urbana, una especie de Gilgamesh porteño o alguien que, como el viejo personaje de La Sombra, se recicla de generación en generación.

Leandro Williams

• • •

Hasta aquí, el pequeño artículo que escribí para una revista barrial. Lo que faltaba, que desde hace años se difunde por Villa Urquiza, Parque Chas, Agronomía y Villa Pueyrredón.

Pasado un mes, aproximadamente, me llegó una carta. Una carta por el viejo Correo Argentino, nada de correo

electrónico, mensaje telefónico sino el viejo y querido papel escrito, en este caso a mano. Con una cuidada letra de una lapicera a fuente, un tal Abel Rojo había leído mi escrito por Internet y me invitaba a hacerle una visita.

“Soy una persona de unos cuantos años, mal llevados y con bastantes achaques. Dado que usted es un historiador dedicado a la arquería y arquero por añadidura, me gustaría tener una charla personalmente. Vivo sólo con la compañía de unos gatos y una empleada que me ayuda en los quehaceres cotidianos. Hace años que no salgo y si es tan amable de acercarse hasta aquí, le aseguro que le puedo brindar mucha información sobre el tema que desarrolló en su artículo.”

Me dejaba su número de teléfono y su dirección en la calle Almirante Brown de Adrogué.

Esa misma noche lo llamé.

Su voz era la de una persona muy educada. Un anciano que interrumpía sus cuidadas palabras con una molesta tos por la que se disculpaba como si fuera una falta de cortesía.

Quedamos en vernos el domingo por la tarde.

No era la primera vez que algún artículo histórico generaba respuestas, correos de lectores que opinaban y algunos que escribían a mi casilla de Internet. Siempre los episodios de la Revolución de Mayo o las gestas sanmartinianas daban pie para algunos cruces interesantes con lectores curiosos, pero ésta era la primera vez que alguien me invitaba a su casa.